

28

ALMORAIMA

SUPLEMENTO DE CREACIÓN  
LITERARIA Y ARTÍSTICA

OCTUBRE 2002

## ALMORAIMA

Revista de Estudios Campogibaltareños  
Suplemento de Creación Literaria y Artística

---

### Normas para la presentación de colaboraciones

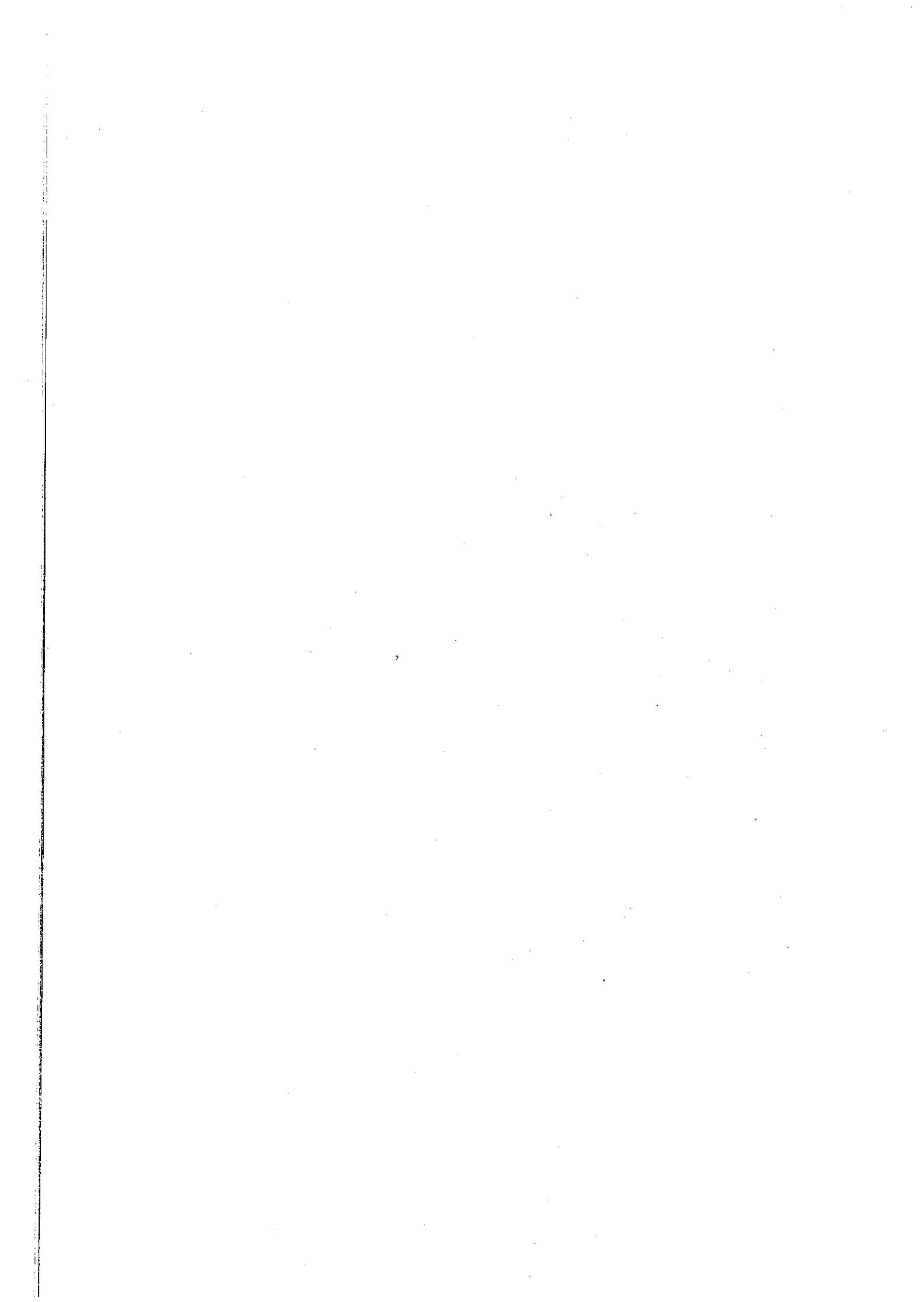
---

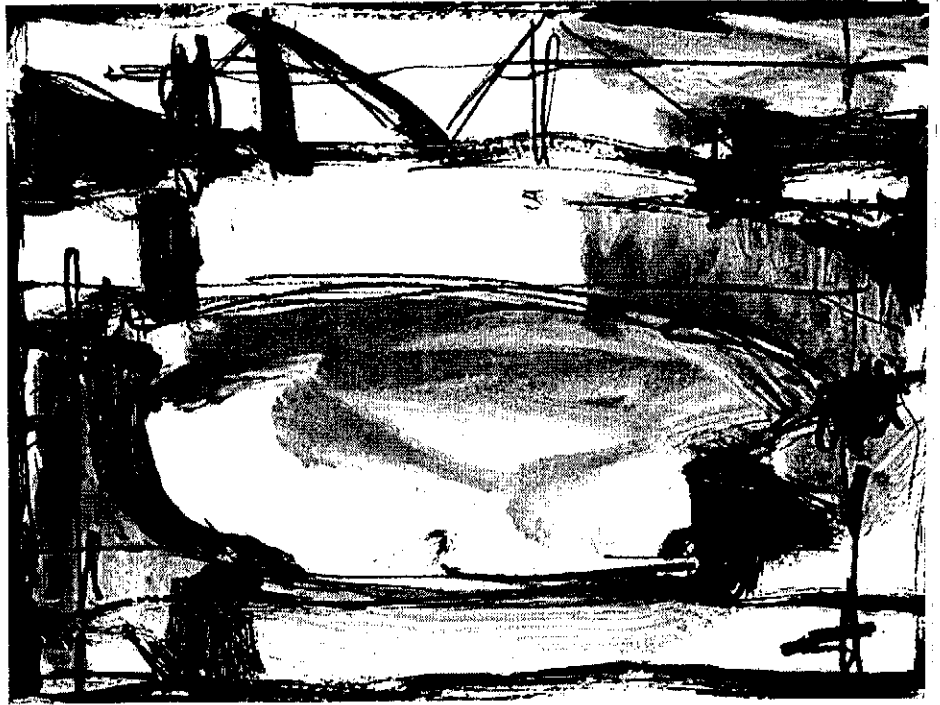
- 1.-Se admitirán trabajos de creación literaria y artística de cualquier naturaleza, preferentemente los relacionados por su temática con el Campo de Gibraltar, aunque ésta no será una condición excluyente.
- 2.-La extensión de los trabajos no deberá ser inferior a tres folios ni superior a doce, y su contenido será respetado íntegramente. Excepcionalmente se admitirán trabajos de mayor extensión si el espacio disponible permite su publicación.
- 3.-Los originales se presentarán por duplicado, por impresora de ordenador, a doble espacio (28/32 líneas), por una sola cara y guardando los márgenes adecuados. Se deberá adjuntar copia del mismo en un disquete de 3.5" o en CD, indicando el procesador de texto utilizado para generar el escrito o formato de grabación. Estos escritos deberán ser generados en plataformas **Macintosh**, o **PC** bajo sistema operativo **DOS**.
- 4.-En el caso de trabajos de creación artística, podrán venir acompañados de un máximo de cuatro ilustraciones o fotografías, reseñándose en hoja aparte los "pies" de cada una de ellas. Se hará constar el orden de prioridad que el autor estime para la publicación de éstas, en previsión de que la totalidad no pueda ser incluida.
- 5.-El Consejo de Edición de la Revista decidirá sobre la publicación, en cada caso, de los trabajos recibidos que hayan sido admitidos previamente por ajustarse a estas Normas. El criterio de oportunidad de publicación valorará la originalidad, la calidad literaria o artística, y el interés temático de las colaboraciones recibidas.
- 6.-Los trabajos deberán ser enviados a: ALMORAIMA - Revista de Estudios Campogibaltareños. Mancomunidad de Municipios del Campo de Gibraltar. Parque Las Acacias s/n. 11207 Algeciras (Cádiz).



## SUMARIO

|                                                             |    |
|-------------------------------------------------------------|----|
| <b>LA ÚLTIMA LÁMINA</b>                                     |    |
| <i>Ángel Gómez Rivero</i> .....                             | 7  |
| <b>PALABRAS CON NOMBRE</b>                                  |    |
| <i>Juan Felipe Simón Sanjuán</i> .....                      | 27 |
| <b>LOS ALCORNOCALES (1996-1997)</b>                         |    |
| <i>Juan Jesús Huelva</i> .....                              | 33 |
| <b>TRES POEMAS</b>                                          |    |
| <i>Paloma Fernández Gomá</i> .....                          | 43 |
| <b>NAUFRAGIOS</b>                                           |    |
| <i>José Sarria Cuevas</i> .....                             | 47 |
| <b>DONDE SOLO HABITAN LA NADA Y SUS OLVIDOS</b>             |    |
| <i>José Luis Tobalina Cuerda</i> .....                      | 55 |
| <b>PAZ Y GLORIA</b>                                         |    |
| <i>Juan Manuel Ballesta Gómez</i> .....                     | 65 |
| <b>LA RAÍZ DEL GUEPARDO</b>                                 |    |
| <i>Juan Emilio Ríos Vera</i> .....                          | 71 |
| <b>José Antonio Pérez de Vargas (nota biográfica)</b> ..... | 77 |





# LA ÚLTIMA LÁMINA

*Ángel Gómez Rivero*

Permitan que me presente: me llamo Dulcinea Guerra. Pero debo aclarar, de entrada, que ni soy dulce ni guerrera. Digamos que debería ser una media ponderada entre ambos conceptos. Mis progenitores se empeñaron en que mi nombre fuese cervantino; él es profesor de literatura de un instituto de mi ciudad; ella es un ama de casa, empedernida lectora de literatura clásica; yo, sin embargo, no hice carrera. Me dedico a la pintura de manera un tanto desordenada, aunque con gran sensibilidad a juzgar por las críticas recibidas. Gracias a mis exposiciones, y a mis retratos callejeros, puedo sacar los cuartos suficientes como para no molestar demasiado la cuenta corriente de mis padres. Soy una joven que ronda los treinta años, creo que bien parecida; o sea: alta, garbosa, de espectacular melena castaña y ojos color miel. Ustedes perdonarán la musicalidad de la descripción, por si en ella se leyese un atisbo de inmodestia; pero si deseo narrar esta historia que pongo en sus manos, con todos los visos de realidad, he de comenzar por mí; nada de falsa humildad ni definiciones a medias.

Mi historia comenzó hace cosa de seis meses, poco más o menos; en una época de vacío creativo en materia pictórica. Una de esas etapas aciagas, sin ganas de tomar los pinceles, ni tan siquiera de planteármelo. Una amiga mía, también pintora -pero ella "oficial", o sea, con la titulación de Bellas Artes-, acababa de fallecer en accidente de tráfico, y me hallaba replanteándome la vida tras tan amargo suceso. Entonces no veía, o no sabía ver, el color de las cosas que me rodeaban; como si una noche profunda se hubiese apoderado de mi entorno y de mi alma. La muerte, tan distante hasta ese momento -hecho repetitivo, supongo, en todos aquellos jóvenes que no han perdido ni a padres ni a hermanos ni a familiares demasiado directos-, comenzaba a rondar mi mente. Vi la huesa muy próxima. No sé por qué, pero me volví huidiza, aprensiva. En vez de buscar la luz, me di más a la noche, a la oscuridad, buscando gañitos ocultos, rincones de luz de neón y alcohol con los que distraer mi subconsciente. Intentaba encontrar gente interesante con la que hablar, con la que compartir vivencias, pensamientos y sentimientos comunes; pero habida cuenta de mi *éxito*, en principio, llegué a la convicción de que, tanto de noche como de día, la gente se me mostraba hermética, infranqueable. Entendí que hablar de problemas existenciales no era la mejor tarjeta de visita para entablar amistad. La humanidad rumiaba su dolor en soledad. Y ya estaba dispuesta a tirar la toalla, a volver a mi estudio para forzar la creatividad, cuando apareció en mi horizonte un hombre de mi edad que parecía ser distinto a los demás.

Arturo Huidobro dijo llamarse y yo lo creí. Por qué no iba a hacerlo. Al oír su apellido se me vino a la memoria la escuela creacionista. En concreto la obra *Altazor*. No tengo estudios, ya lo he dicho, pero sí inquietudes. No soy capaz de leer una novela de seguida, ni un poemario completo; lo mío son las consultas breves. Dentro de esa tesitura, leo, releo y devoro todo lo que cae en mis manos, pese a que lo abandono prontamente. En mi trabajo también soy así. Pues bien, volviendo al hilo de mi narración, Arturo me pareció interesante y no por su físico de escasa relevancia, todo sea dicho. Analizándolo fríamente, no era ni mal ni bien parecido; uno de esos tipos que las mujeres denominamos «del montón». Algo más alto que yo, rondando el metro ochenta, moreno de pelo lacio, ensortijado en sus rebeldes puntas, ojos azules pequeños y rasgados, y boca fina, casi cruel de expresión. Era delgado, nervudo, y su mirada parecía encenderse al mirarte; al menos cuando me miraba a mí. Sin embargo, fue su extraña psicología, su forma de hablarme, lo que me encandiló más, despertando mi curiosidad primero, y mi atención después.

Estábamos en un *pub* nocturno, parcamente iluminado, de una calle perdida de mi milenaria ciudad. Justo en el corazón del barrio gótico. Yo bebía un cuba-libre sentada en un sillón de ésos de pared, continuo, imitación

árabe, que abarcaba todo el contorno. La pareja más cercana a mí estaba a unos cuatro metros. No podía oírlo porque, aparte de que no me interesaba su plática, en los altavoces sonaba música *heavy*. Arturo se hallaba en la barra, también en soledad, con lo que parecía un güisqui en su mano diestra y un pitillo a medio consumir en la izquierda; con la mirada perdida en el infinito. Me levanté entonces con la intención de ir hacia la puerta de entrada. Era más de medianoche de un viernes lluvioso, de un frío noviembre; humedad que contrastaba con el periodo de sequía anterior. Quería ver si persistía la lluvia. Me asomé al exterior, sin distinguir que Arturo me seguía con su mirada, y vi cómo la lluvia, ahora fina, barría la acera con su golpeteo constante y limpio. Las luces de las farolas cercanas parecían difuminadas por el líquido elemento, creando círculos fantasmales, etéreos; metafísicos discos plateados que impactaban en mi cerebro, aún afectado por fúnebres pensamientos. Me volví hacia mi asiento, abstraída, pisando las losetas negras del inmenso tablero de ajedrez que era el suelo, y me fijé por primera vez en el espectacular póster que había colgado de la pared. Mediría metro y medio de alto por metro de ancho. Se mostraba enmarcado en madera tintada de verde mate, con un cristal también mate, que evitaba extraños brillos y los reflejos caprichosos de las luces de neón; esas que hacen que el blanco de tu camisa reluzca de manera sobrenatural. En primer lugar, el póster me llamó la atención por el contrastado colorido del dibujo. Después, las figuras representadas, su barroquismo, me resultaron sumamente singulares. Se trataba de un guerrero musculoso, de fuerte y prominente mandíbula, con una enorme espada de filo mellado en su diestra. A sus pies había una mujer vestida con pieles, medio desnuda, salvaje y hermosa, de abundante pecho, labios gruesos y brillante mirada. El conjunto resultaba poco naturalista, algo distorsionado, casi cayendo en el terreno de la caricatura. Parecía la reproducción a gran escala de la portada de alguna revista de aventuras, de fantasía heroica. Dispuesta estaba a leer el nombre del autor al pie de tan formidable obra, cuando me llegó una voz profunda desde atrás. El sonido ambiental no pudo ocultarla.

-Es un Corben -me dijo, y yo me volví rauda.

-¿Perdón? -expresé asombrada al ver a Arturo muy cerca, casi rozándome. Estaba claro, pensé, que se había animado.

-Sí... lo siento -comunicó con expresión afable. Retrocedió un paso al ver la incomodidad pintada en mi rostro. Había irrumpido en ese cilindro mágico que nos rodea y que no deseamos usurper-. Decía que ese dibujo es de Richard Corben, uno de los mejores dibujantes de cómic del mundo.

Yo había oído algo del estilo Corben, pero el arte de la plumilla, de la tinta china, jamás me había interesado como para hacerme perder el sueño. Lo mío era y es el pincel; lo demás ni me preocupó jamás ni me preocupa. No obstante, el tipo parecía desprender chispa; no sabría definirlo mejor. Una especie de química, de magnetismo, que me atrapaba por momentos. Algo irracional, como proveniente del éter. Había conocido en los últimos tiempos semblantes más bellos, cuerpos más atléticos y mentes más agudas, y yo venía a fijarme en el misterio de aquel negro cabello lacio, casi desordenado; de aquella minúscula mirada azul perdida entre espesas pestañas; de esas palabras profundas, que taladraban hasta llegar al fondo de la mente.

-¿Eres un admirador de Corben? -pregunté.

-Soy un aficionado al cómic -contestó-. En casa tengo una colección de fábula. ¿También lo eres tú?

Sonreí. Estaba claro que me encontraba ante un auténtico coleccionista. De esos que son capaces de gastarse la paga del mes, comprando lo que más les gusta, por intrascendente que fuese su afición.

-No -repuse, esforzándome en mostrar amabilidad-. Soy pintora; el óleo es lo mío. Nunca intenté dibujar a tinta. Paso del carboncillo al pincel.

-Una pintora... -susurró. Me hizo gracia su expresión; su asombro era casi infantil.

-¿Tiene algo de raro? -pregunté.

-No, no... Ni mucho menos. Es que me gusta tanto el dibujo, que hallarme ante una artista me impresiona. -Se detuvo un instante y señaló mi asiento-. Te importa que nos sentemos. Estamos un tanto acartonados, ¿no crees? Por cierto, me llamo Arturo Huidobro. ¿Y tú?

Volví a sonreír. El apellido me hizo gracia; me acordé de mis padres. No le había dado permiso y ya estaba sentado con su bebida reposando en mi mesa. No tuve más remedio que hacer lo mismo.

-Mi nombre es Dulcinea. -Me detuve esperando el chiste fácil; ya saben: *del Toboso* y todo lo demás, pero nunca llegó-. ¿Por qué te apasiona tanto el cómic? -pregunté no por curiosidad, sino porque la situación la veía extraña, fuera de lugar. Al fin y al cabo acababa de conocerlo, y ya me parecía un tipo misterioso.

-Bueno, la verdad es que colecciono cómics desde los trece años. En casa tengo una biblioteca llena de colecciones completas, láminas, originales, maquetas de personajes célebres...

-¿Una biblioteca, dices? ¿Quieres decir que compartes novelas y tebeos?

-No. Creo que no me he expresado con claridad. La biblioteca sólo tiene cómics encuadernados, a la manera de libros. Hay cientos de ellos; es una estancia grande. Todo el que viene a casa cree que tengo libros en los anaqueles, pero cuando los hojean, ven que sólo son historias gráficas. La novelas nunca me interesaron demasiado. Creo que el cómic es el arte de nuestros tiempos. -Me miró con los ojos entornados-. ¿Estás de acuerdo?

-No sé qué decir. Si mi santa madre te oyese, te quemaría. Diría que es un arte menor popular, incluso populachero, sin demasiado entronque cultural.

-¿Has oído hablar del tapiz de Bayeux?

-Sí -mentí. No quise pecar de inculta ante su entusiasmo.

-También, es obvio, has oído hablar de las pinturas rupestres, los jeroglíficos antiguos, del lienzo mexicano de Tlaxcala... Todos ellos son precedentes del cómic. En la primera mitad del siglo XVIII, William Hogarth usó con inteligencia las ilustraciones secuenciales en *La historia de una prostituta*. Rodolphe Töpffer realizó en Suiza novelas en imágenes, causando la admiración del mismísimo Goethe. El alemán Wilhelm Bush creó el travieso dúo Max y Moritz en la segunda mitad del XIX, haciendo escuela en Europa. Y, sin ir más lejos, incluso te puedo citar el nombre de una mujer pionera: Emilie de Tessier...

-Vale, vale -lo interrumpí. El hecho de querer ganarme citándome una muestra de participación femenina, encendió mi alarma interior-. Ya veo que también el cómic tiene raíces cultas y profundas. No era mi intención que te pusieses a la defensiva.

-No, amiga Dulcinea, no se trata de eso. El cómic es un arte más, y cada vez está más reconocido. Mi verborrea es fruto de que, al saberte pintora, has activado mi pasión.

Correspondí alzando mi vaso a la manera de brindis. La lluvia en el exterior se intensificaba por momentos, pero el interior del local era cálido. La calidez de Arturo también ayudaba. Bebimos y continuamos charlando el resto de la velada. Supe así, que el cómic de misterio y terror era su debilidad. Autores americanos y británicos preferentemente. Citó a la editorial Warren, a sus componentes, a las historietas -él decía historias- de Max Audaz, su héroe de cómic favorito. De cómo se dejaba atrapar por la fascinación de esos trazos en negro, a veces ayudados por la aguada, en los ángulos sombríos de los fondos. Después, una vez repasados sus gustos, ya digo, le tocó el turno a la pintura. Hablamos, comentamos, sobre impresionismo, expresionismo y surrealismo, mis tendencias favoritas dentro de este arte, y así yo pude reconducir la conversación hacia



terrenos más queridos. Fue con naturalidad, sin que se percatase si quiera; al menos tuve esa impresión. Salieron a relucir los nombres de Renoir, Van Gogh y Dalí, tres piedras angulares, pese a sus distanciamientos formales, en mi estilo, para terminar hablando de mis técnicas particulares, incluso de mis recetas caseras: mezcla de colores, difuminado, etc. Pero al final tuve la certeza de que me oía por cortesía, que me contestaba por agradar. Esa noche terminamos durmiendo en su casa.

\* \* \*

Cuando desperté, estaba liada en la manta como si fuese una especie de rollito de primavera. No recordaba casi la llegada a la vivienda, el callejero que recorrimos en su vehículo. Sí me acordaba de una calle solitaria, en las afueras, con espléndidos terrenos sin construir, repletos de árboles y maleza. La casa, una mansión en realidad, era enorme. De una planta, con hiedra cubriéndola en la casi totalidad de sus fachadas, con una finca posterior en la que se veía una arboleda exuberante. El viento y la lluvia azotaban el verde del follaje difuminándolo. El disco del satélite me recordó la luz de las farolas cercanas al *pub*. Estaba algo mareada, había bebido más de la cuenta, y, recostada en mi asiento, me quedé dormida. La voz de Arturo me sacó de los brazos de Morfeo: «¿Ahora que llegamos te vas a quedar frita...?» Después, no recuerdo qué sucedió.

Me levanté del lecho, el cabello desmadejado, vestida, bostezando repetidas veces. Arturo no estaba junto a mí. Con toda probabilidad había salido. Miré la hora en un vistoso reloj de pared. En la esfera había un dibujo de una chica con escaso ropaje negro, muy sensual. *Vampirella*, se leía al pie. Las agujas marcaban las diez y cinco de la mañana. Estiré los brazos en uno de esos gestos míos tan criticados por mi señora madre, y me quedé clavada en mitad de la pieza. No daba crédito a lo que mis ojos veían: la habitación, aparte de la cama, dos mesitas de noche y un ropero de medianas dimensiones, se hallaba decorada con dibujos en las cuatro paredes, a la manera de frescos. Me fijé bien, abriendo mis ojos, comprobando que se trataba de dibujos eróticos: chicas exuberantes desnudas, chicos con sus penes en erección, en paisajes surrealistas. Vi varios estilos distintos, mezclados, a la manera de colage. Incluso en una de las esquinas pude apreciar la estilística de los dibujos japoneses. No sabía muy bien si se trataba de un *manga* de esos tan de moda. Decidí salir de mi asombro para lavarme el rostro, refrescarlo, antes de buscar al dueño de la vivienda. Casi zombi aún, entré en el aseo. Se trataba de una pieza de considerables dimensiones, alicatada hasta media altura. En la mitad superior seguían los dibujos. Me fijé en el espejo del aseo y leí al revés una firma espaciosa que decía: Robert Crumb. A su alrededor, docenas de caricaturas *underground*, de personajes que salían del inodoro, defecando, incluso un tipejo que vivía acoplado en las potentes nalgas de una más que saludable chica, estilo rústica, con trenzas. Tenían mucha gracia y expresividad. Me lavé la cara y ordené un tanto mis cabellos. Después volví al pasillo para salir de ese ala de la vivienda. El corredor también tenía dibujos; esta vez de superhéroes: Superman, Spiderman, Batman, y otros cuyos nombres desconocía pero de iconos familiares. Los tonos cromáticos eran oscuros, elegantes. Pasé a la altura de otro dormitorio absolutamente vacío. Pude ver a Astérix, Tintín, Pumby, Mafalda, Mortadelo y todos los personajes de Disney. Sonreí. «La pieza de su futuro hijo», pensé.

Cada habitación que atravesaba me revelaba que el propietario de aquella especie de museo del cómic era un auténtico apasionado; un romántico de la imagen, del arte gráfico. Algo sumamente singular. Al llegar al salón de la vivienda, cercano al recibidor, oí cierto ruido llegar a mis oídos.

-Pasa, Dulcinea, pasa -se oyó la voz de Arturo.

Entré y lo vi sentado en un butacón, con los pies en una especie de *puf* moruno. En sus manos había un tomo encuadernado en cuero negro. Me sonrió desviando la mirada de su lectura.

-¿Has dormido bien? -preguntó gentil.

-Ni me he enterado -contesté-. Por cierto, anoche... ¿pasó algo?

-Pues sí. -Su sonrisa se intensificó, mostrando una immaculada dentadura blanca-. Caíste rendida nada más entrar en el dormitorio. Tus ojos se pusieron como en blanco. Una imagen diabólica, ¿sabes? Así que preferí dormir en la habitación de los huéspedes, que está en el otro ala.

-Gracias -murmuré, y no sé por qué lo hice. Empezaba a sentirme algo tonta y ñoña. La damisela fiel guardiana de sus tesoros más íntimos. Decidí, por tanto, dar un giro a mi conversación-. Por cierto, ¿qué dibujos tiene ese apartado dormitorio?

-Ya veo que te ha llamado la atención la decoración de mi hogar... Ese dormitorio, en concreto, si quieres te lo puedo enseñar más tarde, está decorado con viñetas del *western* clásico. Vaqueros armados, indios y el séptimo de caballería. Si leíste de jovencita al teniente Blueberry, también puedes hallarlo allí.

Yo negué. No sabía a quién se refería, ni me preocupaba. Miré el entorno, en toda la extensión, y volví a asombrarme. Aquel salón, aunque con más mobiliario que el resto de la casa, estaba cargado de dibujos siniestros, oscuros, atmosféricos. La Quinta del Sordo no habría impresionado más. Vi vampiros, licántropos, monstruos, asesinos, en un ambiente plástico en blanco y negro, exento de color. Castillos siniestros y densos bosques. Los personajes se mezclaban en parajes de pesadilla. El estilo era muy homogéneo. Una combinación de tremendismo y fina estilística en el trazado.

-Es mi debilidad -dijo con frialdad viendo mi expresión-. Los autores de la Warren casi al completo. En estas paredes están Frank Frazetta, Angelo Torres, Tom Sutton, Mike Plooge, Reed Crandall y algunos más. En la biblioteca tengo las colecciones completas de *Creepy*, *Vampus*, *Rufus*, etc. Pero no creo que te interesen demasiado.

-¿Quién ha pintado todas estas blancas paredes? -pregunté casi en un susurro.

-Es largo de contar -repuso-. Digamos que tengo dinero suficiente como para permitirme ciertos lujos. El cómic es mi afición y mi vida.

-¿En qué trabajas?

Me senté en uno de los cómodos butacones, estampados con contrastados dibujos de claro corte expresionista.

-Ya te he dicho que vivo de mi patrimonio. Tengo muchas viviendas arrendadas. Chalés a los que saco buen partido. Heredé una fortuna considerable de mis progenitores y sé administrarla con inteligencia.

-¿No estás casado?

-No. Es más, ni siquiera tengo novia. Mi afición, ¿sabes?, no es muy bien entendida. En realidad, a las mujeres no les agrada demasiado compartir su vida con gente como yo, con fuertes aficiones.

Me sentí incómoda y algo molesta por el misógino comentario. Pero tomé la determinación de no mostrarme afectada por ninguna observación fútil.

-A mí me resulta todo esto muy pintoresco e interesante. Esta casa es una obra de arte.

-Me agrada que lo digas. Ten en cuenta que tu opinión es parcial; eres una artista.

-Puede ser -murmuré de nuevo.

-Pues aún no has visto el resto de la casa. La cocina, por ejemplo, está llena de guerreros, dragones y demás. Es el lugar de la fantasía heroica, de los paladines del bien. Ahí están Conan, el Capitán Trueno, el Jabato y muchos más. En el cuarto de baño, por ejemplo, puedes...

-Sí -lo detuve-. Ya he visto esa pieza, y el dormitorio, y el pasillo. Incluso una habitación decorada con dibujos infantiles. Todo muy espectacular.

-Bueno. Esa habitación encierra una historia algo triste. Díganos que conocí a una chica con la que estuve a punto de casarme. Al final se arrepintió, y se esfumó la posibilidad de un dormitorio para mi primer hijo. Tendré que esperar.

Volvió a sonreír y me sentí afectada. Arturo me producía una sensación extraña en mi interior. Una mezcla de atracción y rechazo. Acababa de conocerlo, y sentía que en torno a mí se estaba generando toda una trama densa. Pero mi autoestima, mi orgullo, me decían que no saliese corriendo como una colegiala con trenzas. Quería saber sobre la vida de un tipo que vivía de forma tan original. Era algo que no se ofrecía todos los días. Así que decidí aceptar sus simpatías, su trato. Fue la manera de empezar. El punto exacto con el que iniciamos realmente nuestra relación sentimental.

Durante varias semanas convivimos como pareja. Al principio, nuestro vínculo era más de amistad. De jóvenes que tienen señaladas cosas en común: el amor al arte y el temor a la muerte, en esencia. Y ese núcleo de sentimientos nos unía cada día más, superando las barreras que se interponían con constancia a lo largo de los días. Sus costumbres y las mías se fueron fusionando con naturalidad, hasta que fuimos asiduos visitantes del tálamo. Nuestros sudores se mezclaron; también nuestras salivas. El sexo se convirtió en un elemento esencial en nuestras vidas. Allí, en el marco erótico de su dormitorio, repleto de senos desnudos, penes enhiestos, y explosión de luz y color, saboreamos las mieles del placer un día sí y el otro también. Hasta el punto en que nuestros cuerpos se acostumbraron el uno al otro, en un acople perfecto, física y espiritualmente.

Hasta que llegó un día en que Arturo cambió de actitud.

\* \* \*

Andaba yo trasegando en la biblioteca, ordenando en realidad varias colecciones que estaban mal colocadas en estanterías que no le correspondían, recordando uno de los comentarios que más gracia me había hecho en boca de Arturo: «Para mí, los Poe, Balzac y Cervantes son Archie Goodwin, Goscinnny y Víctor Mora». Dejaba claro que no existía más lenguaje, más argumentos, que los puramente gráficos. Incluso en cierta ocasión me cacareó el tan recurrido dicho de «una imagen vale más que mil palabras». Yo le contesté en un alarde de originalidad que valía más una idea que mil imágenes. Se quedó pensativo, sin argumento en que apoyarse para rebatir mi reflexión. El cómic que tenía en mis manos, abierto por la mitad, era una historieta muda. Tendría diez páginas y ni una sola palabra escrita.

En la casa descubrí un buen número de detalles que al principio me llamaron la atención, pero que, con el tiempo, empecé a comprender. Todo formaba parte de la misma filosofía de partida. Una estética intencionada, conceptos formales que definían un contenido. Pero cierto detalle asombroso tardé en interpretarlo. Deseaba preguntárselo a Arturo, pero, no sé por qué, quizá por dejar una porción de magia flotando en el ambiente, nunca lo hice. Los dibujos de las paredes de todas las habitaciones presentaban, como ya he dicho, muestras artísticas de distintos temas del dibujo gráfico; pero hallé varios personajes a los que les faltaba el rostro. No es que el dibujo se acabase en el cuello, no. La forma de la cabeza estaba dibujada; era una especie de elipsoide, con volumen, pero sin relieves. Allí no había ni ojos, ni boca, ni nariz, ni nada. Era como un huevo de gallina, un postizo. No entendí el porqué. Con toda probabilidad, cada habitación la había diseñado un artista diferente. Entonces, ¿por qué el detalle de un semblante sin rasgos? Lógicamente, era un capricho más de Arturo. Aunque no entendía si se trataba de una reacción hermética, absurda, surrealista, sin sentido; o bien si esas ausencias se debían a una razón concreta, una determinación prefijada con anterioridad a la realización de aquellas obras de arte.

Devolví el cómic mudo a su estantería y mi vista se volvió a recrear en la recargada biblioteca. Los anaqueles llegaban hasta el techo, cubriendo la mayor parte del contorno de tan inmensa estancia. No había apenas zonas de pared al descubierto; sólo unos huecos estratégicos en los que se veían láminas, aparentemente originales, firmadas por sus autores. Serían en total una docena. En las estanterías, por delante de las encuadernaciones, se mostraban personajes del cómic realizados en resina, a todo color. Una colección bastante completa. Llegué incluso a plantearme si algunos no habrían sido encargados directamente al artista. También había figuras casi del tamaño humano, apoyadas en el suelo, en los ángulos de la biblioteca. Pero por más que intentaba entretenerme con aquellas contemplaciones, no paraba de dar vueltas en mi mente a los rostros indefinidos, en el misterio que encerraban. Era la llave de la habitación prohibida de Barba Azul. Tomé una hoja de papel de la impresora que había junto al ordenador personal de Arturo; también tomé un rotulador rojo. Salí de la biblioteca y comencé a repasar las restantes diez habitaciones de la vivienda. Me fijé en los personajes inacabados, intentando descifrar el nombre de los mismos. Me lo planteé también como alternativa a mi espera. Arturo había salido a una de esas tiendas de cambio de revistas, en las que conseguía, en contadas ocasiones, algún número perdido de alguna colección ignorada por la humanidad. A él le hacía mucha ilusión encontrar rarezas y pagar los cuartos que le pidiesen. Era una costumbre suya de los sábados por la mañana. Yo no pediría las pizzas hasta que él no llegara.

Mi paseo por la casa duró unos cuantos minutos. En mí, digamos, juego, saqué las siguientes conclusiones: eran seis los personajes sin rostros; entre ellos identifiqué a Roberto Alcázar -al que reconocí por ir acompañado de Pedrín; ambos héroes de la infancia de mi padre-, a Idéfix, el perrito de Astérix -el cómic más leído de mis doce años-, a Conan -supuse por el particular físico de este personaje; la espectacular melena sí había sido respetada, y ello ayudó lo suyo-; los otros tres me eran desconocidos: el primero, un tipo enchaquetado, con pinta de intrépido, acompañado por un joven que llevaba gorra; el segundo era un viejo barbudo -lo de viejo a juzgar por la blancura de su barba-, pinta *underground*, con un batín o camisa blanca hasta los pies, calzado con grandes borceguíes, junto a una chica rolliza, enorme, portadora de una minifalda que dejaba mostrar sus exuberantes encantos; el tercero era un superhéroe del cómic americano, montado en una tabla de *surf*, en posición de vuelo acrobático.

Me fui hasta la biblioteca y miré en una antología sobre la obra de Robert Crumb. La firma próxima al dibujo me envió directamente a uno de los tomos compilatorios de ese autor. Lo abrí y hojeé con la determinación de hallar a tan singular y promiscuo anciano. Me recreé con toda suerte de caprichos sin pies ni cabezas, dibujos eróticos irreales, figuras imposibles, hasta que me encontré con el personaje. Se trataba de una historieta en la que el viejo daba instrucciones sexuales a otro individuo, que sufría vergüenza a la hora de hacer el amor con una mujer. Era todo muy misógino, ya que le enviaba una mujer a la que se le podía desenroscar la cabeza (!). El viejo se llamaba Mister Natural. Después, satisfecha, busqué en todas las antologías que encontraba, fijándome en los distintos superhéroes americanos. Me cansé de rastrear durante más de media hora, hasta que ante mis ojos apareció alguien vestido como el dibujo de la pared. Se trataba de Estela Plateada. Ya sólo me quedaba el tipo enchaquetado, pero no sabía ni por dónde empezar. Dándolo por imposible estaba, cuando sonó la puerta de la casa. Arturo acababa de llegar.

-¿Dulci? -me llamó desde la altura del salón.

Me dirigí hacia allá. Lo vi, nada más entrar, sentado en su sillón, con una carpeta de cartón azul en las manos. La abrió sin reparar en mí y sacó una vieja lámina tamaño A-4. Entonces me miró, sonriente en grado sumo, y señaló la hoja con su índice. Me fijé con atención: se trataba de un cómic. Me acerqué más y lo tomé con mis manos.

-¿Es un original? -pregunté. Noté que el papel estaba un poco amarillento por las esquinas. Parecía antiguo.

-Exacto. Fui a la tienda de Kazanian. Ya te he hablado del viejo Kazanian, creo. Es un tipo que vive del cambio de libros y revistas y vende también si eres capaz de pagar lo que pide.

-¿Y? -pregunté mientras observaba los trazos algo desordenados del dibujo. Rincones umbríos en exceso, con figuras humanas muy sombreadas. Se veía un principio de relato bastante oscuro y siniestro. Los bocadillos estaban escritos en inglés; su título venía a traducirse como *Rostro tenebroso*. No quise leer más.

-Pues que después de llevarme varios ejemplares de *Creepy* que me faltaban, vi que encima del mostrador estaba esa lámina. Fui a tomarla y me dijo que tuviese cuidado, que se trataba de un original. Me fijé en ella pero no tenía firma. Le pregunté por el nombre del dibujante, mas dijo no saberlo. -Detuvo su verbo para pedirme la lámina; después continuó:- Sus ojos me miraban por encima de sus lentes. Ese tipo podría tener cien años, pero desde que lo conozco, hará la friolera de cerca de veinte años, está igual. Parece como si hubiese hecho un pacto con el diablo.

-¿Y tan interesante es?

-¿Quién, el tipo o la lámina? -Sonrió mostrándome de nuevo el blanco de sus dientes. Consideraba que su chiste era bueno-. Créelo, pero se trata de un cómic del estilo de las aventuras de Max Audaz. Es inglés y calculo de los años cuarenta o quizá más antiguo.

-¿Max Audaz? -pregunté obedeciendo a un estímulo automático.

-Sí, mujer, Maxwell Hawke, el detective aventurero de casos sobrenaturales, que lo acompaña un ayudante con gorra, llamado Tommy Thompson. Ya te he hablado de él; es uno de mis favoritos.

En mi mente, de inmediato, se dibujó el perfil del personaje que no había identificado. No tenía demasiada importancia, pero me hizo gracia la forma en que me enteraba del dato. Me senté y vi cómo Arturo devolvía la lámina a la carpeta.

-¿Qué te ha costado? -requerí.

-Bueno, Dulci, no tengo por costumbre hablar de dinero. En el coleccionismo es un pecado hacerlo. Interesa el valor, no el costo. Si estás por algo lo compras, y si no tienes dinero te aguantas... o robas. Pero no seré maleducado. Me pidió diez mil pesetas por la lámina y me pareció más que correcto. Dijo algo así como: «Tengo que comer», después me guiñó su ojo malo. El muy usurero. Dicen algunos clientes que está podrido de dinero, pese a su apariencia de muerto de hambre.

-La lámina está numerada con el «1» en su vértice inferior derecho. ¿Y el resto?

-Creo que no tiene las demás. No le pregunté, pero me dio a entender que era única.

-Bueno, puede ser una forma de hablar. Con «única», algunos quieren expresar que es valiosa, insustituible.

-Ya. De todas formas, el próximo sábado me enteraré.

Su faz desvió la mirada hacia otro lugar; probablemente rememoró el comercio de venta de revistas. Noté en su mirada un brillo especial. No sabía si de entusiasmo o de locura, o tal vez de ambas cosas. Después pedimos las pizzas a un restaurante italiano. Tras la comida, en la que nos mantuvimos ambos casi mudos, Arturo leyó el cómic con tranquilidad mientras yo veía una película en la tele. Parece ser que la historieta comenzaba de buena manera, con pronta acción, a juzgar por los comentarios de él. El interés lo atenazó de inmediato según leí en sus ojos de niño goloso. Una historia de asesinatos en ambientes góticos -castillos, abadías y bosques-, con un encapuchado que mataba con ayuda de una daga de oro con incrustaciones de pedrería fina. «Entra

pronto en la intriga», pensé. Después, vivimos una tarde sábatina tranquila, sin demasiados sobresaltos. Pese a que en el exterior se desataba una tormenta rabiosa que iluminó el cielo de relámpagos.

Esa noche sentí algo raro en mi interior; la absurda sensación de ser una guitarra a la que se le acababa de romper una de sus cuerdas. Arturo pasaría toda la velada, tras una cena frugal, releyendo la lámina, tomando notas de la misma y buscando un lugar donde guardarla. Terminó por usar un álbum de fotos vacío. Cuando llegó a la cama, a eso de las cuatro de la madrugada, fingí estar dormida.

Tras ese señalado día, no recuerdo haber hecho más el amor con él.

\* \* \*

Los días pasaron hasta llegar el sábado siguiente. Nuestras relaciones, fogosas en los primeros días, habían caído en el terreno de la monotonía; Arturo parecía haber olvidado el sexo. Intenté no darle más importancia al hecho. Entre otras cuestiones porque no deseaba que se hiciese una idea equivocada de mí. Me preocupaba sobre todo porque comenzaba a querer a aquel hombre misterioso, y temía que ese distanciamiento fuese algo más que una circunstancial falta de apetito sexual. Por otro lado noté que el nerviosismo más acusado tomaba cuerpo en él, aumentando con la proximidad del sábado. Ir a por la siguiente lámina se había convertido en la meta esencial de su vida.

Cuando volvió de sus compras, portaba consigo la lámina número dos. Tras besar mis labios, muy contento, se sentó en su sillón y durante unos cinco minutos leyó el cómic. Más que leerlo lo devoraba con la vista, queriendo sacar partido no sólo al argumento, sino al más mínimo detalle entintado.

-¿Interesante? -pregunté desde mi butacón.

-Más que interesante -contestó. Dejó la lámina encima de la mesa y se restregó los ojos con sus dedos; tal que hubiese concentrado demasiado la mirada en los oscuros dibujos-. El viejo tiene en su poder la historieta completa.

-¿Y por qué no la has comprado entera?

-No creas que no lo intenté... Es curioso, me comentó de nuevo: «Necesito comer». Por lo visto prefiere sacar el dinero poco a poco, semana a semana. Es un individuo muy extravagante. Después me enseñó un portafolios que tenía guardado casi enterrado entre las revistas usadas.

-¿Ahí tenía todas las láminas?

-No -contestó. Al ver mi expresión de curiosidad continuó:- Faltaba la última de ellas: el desenlace. Por lo visto esa hoja la guarda en su casa. Vive cerca de donde tiene el negocio.

Me resultó muy extraña y anómala la situación. Le pregunté por las señas de la tienda y me dio las explicaciones pertinentes. Ni siquiera le intrigó mi interés. Tomé la lámina que reposaba en la mesa y la leí por encima. Era más un cumplido que curiosidad; su argumento aparente no me interesaba demasiado. Arturo se levantó y puso leña en el hogar, encima de una caja de madera que había roto yo con anterioridad. Arrugó una servilleta de papel que sacó de su bolsillo y prendió fuego. En unos minutos, la madera de la caja crepitaba y los leños se dejaban morder por las ardientes lenguas de las llamas. La estancia, fría hasta ese instante, pareció tornarse cálida y acogedora.

Esa noche, después de seguir con el escrutinio exacerbado de la lámina, Arturo la clasificó junto a la anterior en el álbum de fotos. Mirándolo desde la puerta de la biblioteca, parecía estar ausente, como si no reparara en mí. Como si fuese víctima de un hechizo diabólico. Lo pensé, pero ni intenté comentarle mis impresiones. Después nos fuimos a ver un rato la tele. Pasaban una cinta de Hitchcock. Durante la emisión permaneció

mudo, con la mirada clavada en la pantalla pero sin ver las imágenes. Al menos hasta que llegó una secuencia en la que un tipo sin rostro interrumpía una partida de póquer. Eran unas imágenes surrealistas, salidas de la mente del más inspirado Dalí. Vi cómo se encendía su expresión. Algo había captado en la imagen que le había traído recuerdos pasados, supuse. Me miró y vio mi turbación, que por otro lado no me molestaba en ocultar, y me sonrió. Fue cuando recordé los semblantes sin definir de los personajes de las paredes. Mi curiosidad volvió a aflorar.

Esa noche dormí con un sueño cargado de héroes de papel que me acosaban. Ninguno de ellos tenía rostro. Fue un sueño extraño; una acumulación de sensaciones que el subconsciente se encargaba de reordenar, convirtiendo el sueño de la razón en un reinado de monstruos.

\* \* \*

Así pasaron los días y las semanas. Arturo se volvió incluso más generoso, y raro era el sábado que no me traía algún regalo. Sus ojos me miraban con afecto y ternura, pese a que se acostaba siempre muy tarde y seguíamos distanciados en la cama. Mi actitud emocional me resultaba curiosa. Por un lado me sentía algo ofendida por haber sido olvidada físicamente. Por otro luchaba conmigo misma para demostrarle -demostrarme- que el sexo no era lo más importante en mi vida. Así que me encontraba, de tal forma, naufragando entre dos aguas.

Pasaron un buen número de sábados más, con sus correspondientes nuevas láminas que ingresar en la colección. Siempre la misma ceremonia, siempre las mismas palabras, siempre la misma pasión. A mí comenzó a molestarme toda esa ceremonia "cuasi iniciática". Sentí incluso celos de unos malditos papeles. En las etapas de soledad, empecé a rumiar una singular fantasía. Empezaron a obsesionarme esos rostros sin definir. Sospeché que querían decir algo. Arturo era demasiado categórico en sus acciones, en sus reflexiones. Para él todo tenía una razón de ser, medida, precisada con anterioridad. Un mecanismo perfecto que se ajustaba como la severa maquinaria de un reloj suizo. Mi aburrimiento hizo el resto. Semblantes indefinidos, velados, que reflejaban algo. ¿Pero qué?

En cierta ocasión, tomé papel y bolígrafo y escribí los nombres de los héroes sin rostros. Construí una columna que leí una y otra vez, con la esperanza de hallar un denominador común:

Max Audaz

Conan

Idéfix

Estela Plateada

Mister Natural

Roberto Alcázar

El semblante de cada personaje lo tenía ya bien dibujado en mi mente, pero mi curiosidad me llevaba a más. Sabía de qué iba cada cómic de cada personaje, pero las relaciones eran tan caprichosas como absurdas. No me conducía a nada ese camino. Me dije mil veces que estaba loca, que veía fantasmas por los rincones de mi mente; pero no cejaba en el empeño. "Intuición femenina", dicen algunos hombres sabios; algo positivo aseveran a veces de nosotras.

Un día, tras marchar Eduardo a arreglar un asunto relacionado con una subasta de cómics, sucedió un hecho que me alertó demasiado. Salí de la casa con intención de caminar hasta el barrio más cercano. Se trataba de propinarme una caminata después de muchos días sin apenas haber practicado ejercicio físico. Una vecina de uno de los chalés no demasiado alejados vino hacia mí, mirando hacia todos los sitios, como con temor a ser

